

Artículos

Percepción social del riesgo y repertorios de acción frente a las fumigaciones con agroquímicos. Una etnografía en Sastre y San Jorge, Santa Fe, Argentina

*Social risk perception and action repertoires
around fumigations with agrochemicals.
An ethnography in Sastre and San Jorge, Santa Fe, Argentina*

CAMILA JORGE *
Universidad de Buenos Aires (UBA)

RESUMEN. En este trabajo busco explorar la percepción social del riesgo en torno al uso de agroquímicos vertidos en fumigaciones aéreas y terrestres en las localidades rurales de San Jorge y Sastre, ubicadas en la provincia de Santa Fe, Argentina. A partir de un trabajo etnográfico, distingo dos repertorios de acción frente a las fumigaciones: los repertorios de la denuncia, ejercidos por los activistas locales y los repertorios del silencio, sostenidos por la mayoría de los vecinos en consonancia con el discurso de los representantes del Estado y del sector agroindustrial. En el presente artículo se analizan las estrategias que se emplean en ambos repertorios, así como también sus consecuencias y efectos sobre los actores implicados. Me valgo del concepto de sufrimiento ambiental para indagar en las manifestaciones disímiles del padecimiento implicado en ambos repertorios.

PALABRAS CLAVE: fumigaciones con agroquímicos; percepción del riesgo; sufrimiento ambiental

ABSTRACT. The aim of this article is to explore the social perception of risk around the use of agrochemicals, spread in aerial and land fumigations in the rural towns of San Jorge and Sastre, located in the province of Santa Fe, in Argentina. Here I distinguish two ways of acting in the exposure to fumigations. On one hand, the denouncement repertoires, exercised by local activists. On the other hand and in accordance with the hegemonic speech of the agroindustrial sector, the silence repertoires, sustained by a great part of the neighbors. In this ethnography, I analyze the strategies that both repertoires use and what are their effects and consequences on the actors involved. I use the concept of ambient suffering to explain the different ways in which it appears in both repertoires.

KEY WORDS: agrochemical fumigations; risk perception; ambient suffering

* Licenciada en Psicología (UBA) y Maestranda en Antropología Social (IDES/IDAES-UNSAM). Integrante del Equipo de Investigación Antropología, Ciudad y Naturaleza (Área Urbana del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires). E-Mail: camijorge3@gmail.com  <https://orcid.org/0000-0002-8938-8579>

Introducción

Yo me convertí en una enemiga de la sociedad por ir contra el campo. Cuando yo me metí en todo este lío, mis amigas, mis conocidos [me dieron] vuelta la cara, porque no te metés con el campo. No te metés con el campo en la Argentina. Meterte contra el campo es meterte contra el gaucho, contra el mate, contra el asado.

Gabriela, ciudad de Santa Fe, 14 de septiembre de 2019

El presente trabajo tiene como objetivo explorar la percepción social del riesgo y las experiencias asociadas a las fumigaciones con agroquímicos en las localidades rurales de San Jorge y Sastre, ubicadas en la provincia de Santa Fe, Argentina. Para tal fin comparo los dos repertorios frente a las fumigaciones con agroquímicos, presentes en las localidades en cuestión. Por un lado, los repertorios de la denuncia, que despliegan los activistas locales contra la exposición a las fumigaciones con agroquímicos y que incluyen la participación en reclamos judiciales, la divulgación de la información en la comunidad y la articulación con actores en otros lugares del país. Por el otro, los repertorios del silencio sostenidos por buena parte de los vecinos, en consonancia con los enunciados de las autoridades locales y los productores agrícolas. En este trabajo, considero que la mayoría de los vecinos perciben el peligro pero que, ante un escenario en el que prima la incertidumbre y en el que denunciar las fumigaciones puede acarrear consecuencias materiales y simbólicas inabordables, reactivan una estrategia de silencio frente a interlocutores foráneos. Para dar cuenta de las manifestaciones disímiles del padecimiento que se teje alrededor estas estrategias, utilizo el concepto de sufrimiento ambiental y planteo que el activismo local puede producir un corrimiento del sentido de las percepciones de la comunidad y, por ende, de la experiencia de sufrimiento ambiental. Además, exploro las causas y los efectos, así como también las diferentes estrategias que están implicadas en estos repertorios; poniendo especial atención a los costos materiales y simbólicos que acarrea la denuncia del riesgo, frente a los cuales el silencio se presenta como una opción razonable. En este marco, busco entender el rol que ocupa el cuerpo, en tanto lugar en el que se reconoce o no el daño, así como también indagar cómo, para los activistas, la enfermedad se puede transformar en un recurso dentro de los repertorios de la denuncia.

El presente estudio se corresponde a una etnografía. El trabajo de campo se realizó entre los meses de marzo y mayo del 2021 en las localidades en cuestión. Para respetar el acuerdo de confidencialidad pautado en las entrevistas, algunos nombres han sido omitidos o cambiados.

Como afirman algunos trabajos académicos (Cohen, 2017; Beck, 2019) la producción social de la riqueza está acompañada por la producción social de riesgos. Si bien los riesgos siempre han existido, la particularidad de la época se basa en la dificultad de predecirlos, su asociación a altos grados de incertidumbre y su estrecha relación con la modificación e intervención tecnológica del medio circundante. Para Beck (2019), el riesgo constituye un rasgo general de la modernidad reflexiva, que se plasma y reparte de manera distinta en las sociedades. Desde la perspectiva de las ciencias sociales, los riesgos se construyen culturalmente. Los mismos pueden entenderse como una lente, a partir de la cual se enfatizan e ignoran ciertos aspectos del peligro en cuestión (Douglas & Wildavsky, 1983). Todo individuo está dispuesto a aceptar ciertos riesgos como condición para ser parte de una determinada sociedad, qué riesgos se aceptan y cómo se perciba el peligro depende de lo establecido socialmente, así como también de la posición social de los distintos actores involucrados (Douglas, 1996).

En el caso que aquí nos compete, es importante considerar que si bien el interés por el estudio del riesgo ambiental que generan los pesticidas comienza, de manera generalizada, en la década de 1960 (Merlinsky, 2020), la mayoría de los estudios científicos existentes que exploran la vinculación entre la exposición a los agroquímicos y el desarrollo de patologías trabajan con casos de intoxicación aguda, habiendo muy pocas investigaciones que estudien los efectos crónicos

de dicha exposición (Verzeñassi, 2014). A diferencia de la intoxicación aguda, la exposición crónica a los agroquímicos presentes en las fumigaciones, tanto aéreas como terrestres, puede no generar síntomas en el corto plazo (Verzeñassi, 2014). Esta es la situación a la que se enfrentan la mayoría de los habitantes de las localidades rurales colindantes a las grandes extensiones de monocultivo. Por su parte, otros estudios han observado que la experiencia de la realidad contaminada, socialmente construida, puede incluir incertidumbre y confusión a la vez que condiciona la percepción del riesgo (Auyero & Swistun, 2008).

Por su parte, en este trabajo entiendo el sufrimiento ambiental como una experiencia de padecimiento social causado por la exposición a un escenario o agente contaminante y a los discursos que circulan sobre este en el campo social, así como también por la ausencia de intervenciones por parte de los organismos estatales (Auyero y Swistun, 2008). Resulta importante recordar que los significados construidos por las personas acerca de los agentes contaminantes están influenciados por las narrativas institucionales de los representantes del Estado, quienes sostienen un discurso apaciguador sobre la contaminación y sus posibles efectos en la salud (Sarlingo, 2013; Trombetti, 2019). Por su parte, la corporalidad tóxica ocupa un rol fundamental en la experiencia del sufrimiento ambiental (Sarlingo, 2013), en tanto quiebra la supuesta barrera entre el cuerpo y el medio ambiente (Little, 2019). La corporalidad tóxica implica “ir más allá del cuerpo en sí” (Farquhar & Lock, 2007), es decir pensar a la superficie corporal como la intersección entre las condiciones históricas, la producción cultural de ciertos discursos y la experiencia subjetiva del “cuerpo vivido” (embodiment). En tanto el riesgo tóxico se expone en el cuerpo, poder apelar a afecciones o dolencias externas legitima la experiencia de la corporalidad tóxica (Little, 2019). Sin embargo, considero que no es necesario el desarrollo de una patología tangible en el propio cuerpo para experimentar sufrimiento ambiental, ya que a pesar de que la exposición crónica a las fumigaciones con agroquímicos puede no generar efectos visibles en el corto plazo, la incertidumbre que provoca dicha exposición en un contexto sin respuestas por parte de las autoridades y con una posibilidad de denuncia acotada, favorecen el desarrollo de la experiencia del sufrimiento ambiental.

A partir de lo mencionado, cabe realizar la siguiente aclaración: mientras que el concepto de percepción del riesgo hace referencia específica a las expectativas de los habitantes respecto a los acontecimientos desatados por la exposición a un agente contaminante (Larrea-Killinger, Muñoz & Mascaró, 2017), el concepto de sufrimiento ambiental implica el pasaje de esta expectativa a un padecimiento activamente creado y distribuido en el orden social. Por lo tanto, el primero me permite indagar las vivencias asociadas a la exposición a las fumigaciones y, el segundo, explorar cómo se materializa el riesgo de esta exposición en los cuerpos de los habitantes de las localidades estudiadas. Por ende, la experiencia de sufrimiento ambiental implica que la población afectada perciba un riesgo.

Por último, para poder comparar las consecuencias que los dos repertorios de acción conllevan frente a las fumigaciones con agroquímicos y sus efectos en los cuerpos, me valgo del análisis que realiza Fassin (2019) sobre las formas de gobierno actual, en las que el cuerpo enfermo o sufriente es un elemento que eventualmente otorga derechos. Ciertamente, como señala el autor, cuando el cuerpo puede dar cuenta de su padecimiento a través de un relato que lo exponga y, a su vez, cuenta con una certificación institucional que atestigua la enfermedad, se vuelve biolegítimo. Este recurso aparece cuando las demás instancias o estrategias de legitimidad se agotan. Es importante destacar que, para Fassin (2019), el cuerpo no se expone únicamente de manera física, sino que esta exposición también se despliega a partir de relatos autobiográficos que trazan la historia de las afecciones de los individuos. En el caso que aquí analizo, esto me lleva a preguntarme: ¿Cuándo y de qué forma un cuerpo expuesto a las fumigaciones se vuelve biolegítimo, es decir, visible para la sociedad y las autoridades? ¿La falta de consecuencias visibles en el cuerpo de los habitantes expuestos a las fumigaciones con agroquímicos condiciona la percepción del riesgo, al menos en el corto plazo?

La agricultura industrial en Argentina

En América Latina, en los últimos decenios, se consolidó un modelo extractivo-exportador basado en la explotación de recursos naturales no renovables y en el monocultivo, ambos acompañados por la contaminación y la pérdida de la biodiversidad del medio circundante (Svampa & Viale, 2014). Este constituye la continuación de un modelo de desarrollo económico que se acentuó en la década de 1990 en la Argentina y que se basa en la desregulación económica, la política de privatizaciones y la introducción generalizada de los cultivos transgénicos a través de la siembra directa (Svampa, 2008). En Argentina, el modelo de agronegocio y de la agricultura industrial se constituyó en el modelo agropecuario predominante, incluyendo un alto componente de insumos energéticos y químicos, centrado en la exportación de *commodities*, de baja generación de empleo y dependiente de la demanda externa y de la coyuntura climática y política que afecta directa o indirectamente la rentabilidad del cultivo (Svampa & Viale, 2014; Castillo, 2013).

Hacia finales del año 2007, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner aumentó las retenciones a las exportaciones de los productos agrícolas, los hidrocarburos y la industria minera (Svampa & Viale, 2014). En mayo del año 2008, realizó modificaciones a los porcentajes de las retenciones, sujetándolos a los precios internacionales. Desde el comienzo, esta alza en las retenciones generó el rechazo del sector agrario, y a este reclamo se unieron tanto los representantes de grandes como de medianos y pequeños productores. El conflicto por las retenciones cobró tal estado público que se manifestó también en diversas voces y sectores de la población en general. El sector agrario coordinó bloqueos de ruta y recibió el apoyo de la clase media urbana, la que organizó “cacerolazos”¹ como forma de mostrar su apoyo al reclamo agrario (Lapegna, 2019). Ese mismo año, y a partir del conflicto suscitado, el sector agrario logró que se discutieran las retenciones en el Congreso Nacional. Finalmente, a fines de junio del año 2008, el vicepresidente Julio Cobos quebró el empate en la Cámara Alta y la resolución quedó rechazada. Para algunos autores (Teubal, 2008; Lapegna, 2019), el conflicto sirvió para darle mayor visibilidad al sector agrario. Como bien señala Teubal (2008), la representación global del sector agrario reflejaba únicamente a un sector del campo: los empresarios del modelo de los agronegocios. A partir del conflicto mencionado, también se le otorgó visibilidad a los llamados “excluidos del sistema sojero”: los movimientos indígenas y campesinos (Svampa y Viale, 2014; Teubal, 2008), aunque la cuestión relativa a los efectos en la salud de los pobladores de este modelo de producción agrario no tuvo lugar en dicho debate (Lapegna, 2019).

A pesar de esto, el conflicto desatado por el debate de las retenciones, generó un interés creciente y general por las disputas alrededor del uso de los agroquímicos. En efecto, una serie de estudios publicados por aquel entonces mostraron los efectos adversos en la salud provocados por la exposición a los agroquímicos. Entre estos estudios se encuentra la investigación llevada a cabo por la Unidad de Pronta Atención 28 del barrio Ituzaingó Anexo de Córdoba; de allí surge que el 80% de los niños de la localidad portaban entre dos y seis agroquímicos en la sangre (Svampa & Viale, 2014). A su vez, en el año 2009 el Doctor Andrés Carrasco, biólogo molecular de la Universidad de Buenos Aires y ex Presidente del CONICET, publicó los resultados de una investigación llevada a cabo con anfibios en estado embrionario, en la cual comprobó que la exposición aguda al glifosato generaba patologías diversas. Antes de publicar

¹ Los *cacerolazos* hacen referencia a un tipo de manifestación en la que las personas, desde sus balcones o en la vía pública, golpean ollas, cacerolas o algún otro artilugio doméstico para mostrar su descontento. En Argentina, el primer *cacerolazo* data del año 1982 y se corresponde con la manifestación denominada “Con las ollas en la plaza” (García Martínez, 2022). Con el tiempo, el *cacerolazo* se ha convertido en uno de los principales símbolos de protesta en el país.

estos resultados, dicho biólogo viajó a Córdoba y se reunió con las Madres de Ituzaingó Anexo,² a quienes les compartió sus hallazgos. Luego, los resultados fueron publicados en el diario *Página 12* (Tucci, 2020). La difusión de la investigación de Andrés Carrasco adquirió gran relevancia mediática y ayudó a que los reclamos de los vecinos expuestos a los agroquímicos tuvieran mayor visibilidad en distintas provincias del país.

En la actualidad, la superficie nacional cultivada con soja afecta a casi veinte millones de hectáreas, constituyendo el 55% de la superficie cultivable del país y utilizando diez millones de litros de glifosato por año (Merlinsky, 2020). En tan solo veinte años, a partir de la fuerte demanda de materia prima por parte de los países desarrollados, la superficie plantada en el país con soja se cuadruplicó (Castillo, 2013), a la vez que se produjo un corrimiento de la frontera agropecuaria hacia la región extrapampeana (Svampa, 2008).

En la provincia de Santa Fe, el 80% del territorio se emplea para la siembra directa y el cultivo de soja ha desplazado a cultivos tradicionales y al monte nativo, concentrándose actualmente en el área pampeana (SAGPyA, 2017). De las ochocientas mil hectáreas de cuña boscosa santafesina que había a fines de 1970, en 2009 quedaba menos de la mitad (Zuberman, 2014). La parte norte y central de Santa Fe está incluida en un incremento del 70% en la superficie sembrada entre los censos agropecuarios (CNA 1988; CNA 2002), a un ritmo de incorporación de 120.000 hectáreas anuales, las que pasaron a estar ocupadas por soja en un 66%, 24% por trigo y 7,2% por el maíz (Castillo, 2013). La provincia de Santa Fe se ocupa de la molienda y de la producción aceitera para la posterior exportación de lo cosechado en su provincia y en las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Entre Ríos (Castillo, 2013).

En este trabajo me detendré en las percepciones y experiencias en torno a la exposición a las fumigaciones con agroquímicos de los habitantes de San Jorge y Sastre, dos localidades santafesinas del área pampeana, situadas a quince kilómetros de distancia, aledañas a la ruta 13, ubicadas en el departamento de San Martín.

La demografía de ambas localidades es diferente: mientras que San Jorge es la localidad más grande del departamento y, según el censo realizado en el año 2010, cuenta con 25.000 habitantes; Sastre es una ciudad de 5.000 habitantes. Sin embargo, ambas comparten la cercanía con los campos agroindustriales y la actividad agraria constituye uno de los principales ejes de la producción local.

Las legislaciones locales en torno al agro: un terreno en disputa

Parte del trabajo etnográfico estuvo constituido por la revisión y análisis de leyes provinciales y ordenanzas locales vinculadas a las restricciones y habilitaciones de las fumigaciones aéreas y terrestres concernientes al territorio en cuestión.

En el caso de Santa Fe, la Ley Provincial N° 11.273 es la que regula la aplicación de Fitosanitarios en toda la provincia y estipula la prohibición para productos fitosanitarios de clase toxicológica A y B de aplicación terrestre en los primeros quinientos metros y la aplicación aérea

² La relevancia que adquirió el caso del Barrio Ituzaingó Anexo también favoreció la visibilización del sector rural minoritario y de las luchas socio-ambientales en torno a la soja que se venían llevando a cabo en las distintas provincias del país. El Barrio Ituzaingó Anexo está ubicado en la periferia sureste de la ciudad de Córdoba y limita con la zona agrícola. Un grupo de madres del barrio, a partir del año 2001, se moviliza por la gran cantidad de casos de cáncer, abortos espontáneos, malformaciones congénitas, entre otros y realizan un relevamiento epidemiológico para contabilizar la cantidad de enfermedades existentes (Svampa & Viale, 2014). Los resultados obtenidos indicaron que, para una población de cinco mil habitantes, había 200 casos de enfermedades (Berger & Ortega, 2010). En agosto del 2012 un tribunal estableció que los productores agropecuarios de los campos lindantes al barrio eran responsables del delito de contaminación peligrosa para la salud, el agua, la atmósfera o el ambiente en general. Este juicio sentó un hito en tanto primer caso, a nivel nacional, en el que se juzgó que la fumigación con glifosato que pone en peligro la salud de la población es un delito (Svampa & Viale, 2014).

dentro del radio de tres mil metros de las plantas urbanas. Al glifosato y al resto de los agroquímicos clasificados como banda verde, por ser considerados herbicidas de baja toxicidad, no lo atañen estas restricciones y, por ende, pueden ser utilizados en plantaciones colindantes al ejido urbano.

Es, precisamente, esta zona gris la que impulsa al despliegue de los colectivos ambientalistas. En las localidades que analizo aquí, los movimientos vecinales impulsaron modificaciones en la regulación que establece la distancia entre el ejido urbano y el comienzo de las fumigaciones. En San Jorge, Viviana Peralta –una vecina residente del barrio Urquiza situado en la periferia de la ciudad cuya hija se encontraba enferma y había estado expuesta a las fumigaciones con agroquímicos– inició una acción legal contra las autoridades locales y los productores implicados. El caso concluyó con el Fallo Peralta c/ Municipalidad de San Jorge y otros, resultante del recurso de amparo que, en el año 2009, prohibió el depósito y circulación de la maquinaria agrícola dentro de la ciudad y dictaminó quinientos metros libres de fumigaciones con cualquier tipo de agroquímico, únicamente en los terrenos lindantes al barrio Urquiza de la ciudad. En el caso de Sastre, cuarenta vecinos habían presentado un amparo colectivo contra la Municipalidad con el objeto de regular la aplicación de agroquímicos. En septiembre de 2020, un fallo judicial dio la razón al pedido vecinal, prohibiendo la circulación y el depósito de la maquinaria agrícola dentro de la ciudad e impidiendo la aplicación terrestre de cualquier tipo de agroquímico en los mil metros colindantes al ejido urbano. Ambos casos fueron considerados fallos históricos en tanto establecieron jurisprudencia respecto al tema a nivel nacional. En el caso de Sastre, era la primera vez que, a nivel provincial, la resolución de un amparo ambiental protegía a toda la población.

La vida a la vera de los cultivos

¿Quiénes son los habitantes que conviven con los campos dedicados al monocultivo? ¿De qué trabajan? ¿Cómo es la rutina en San Jorge y en Sastre? Estos son algunos de los interrogantes con los que llegué al campo y que guiaron mis conversaciones con productores agrícolas, profesionales de la salud, activistas y vecinos. Uno de mis objetivos era conocer la forma en la que los residentes de estas ciudades habitaban el espacio cotidiano. Antes de conversar con ellos, creía que la producción agrícola debía ser una parte central en el desarrollo de la vida en estas localidades. A partir de las entrevistas así como de la observación y la participación en actividades de la rutina diaria en estas localidades, pude comprobar que si bien la mayoría de la población no se dedica al mundo agrícola, y por ende no percibe ingresos directos de parte de esta, la actividad de este sector aparece de manera recurrente en los discursos de los pobladores. A modo de ejemplo, un vecino, empleado del club de fútbol me contaba que: “los horarios los mueve el campo, yo no tengo campo pero quiero que al campo le vaya bien porque con esa plata se mueve San Jorge”. A su vez, un empleado municipal me comentaba lo siguiente: “un día en San Jorge es rutinario. Mi día arranca a las seis de la mañana. La actividad del campo y las industrias locales, el frigorífico, por ejemplo, empiezan a trabajar a la madrugada y por eso la vida activa comienza tan temprano”.

En efecto, lo preguntara o no, con mayor o menor detalle, la actividad agrícola era un tópico constante en los relatos de la vida cotidiana de los pobladores que accedieron a hablar conmigo. Si bien esta actividad no genera fuentes de empleo significativas,³ es uno de los ejes a partir del cual se estructura la vida en la zona. Esto, a su vez, me llevó a pensar al sector agroindustrial como un hecho social total (Mauss, 2009) es decir como la situación que pone en juego a la totalidad de la sociedad local y sus instituciones. Finalmente, esta recurrencia en los discursos me llevó a indagar en la relación entre los productores agroindustriales y el resto de los vecinos.

A excepción de los activistas, cuando preguntaba por dicha relación, la mayoría de los en-

³ Por sus cualidades intrínsecas, uno de los cambios más notables que involucró el paquete tecnológico de los cultivos transgénicos es la profundización de la tendencia histórica al descenso del empleo agrario (Acosta Reveles, 2008).

trevistados contestaba de forma escueta, indicando que la relación era “normal” o “buena”. Solo unos pocos vecinos se mostraron dispuestos a profundizar en la descripción de este vínculo. Este fue el caso de José, que señalaba lo siguiente: “Los productores están mal vistos pero si no es por el campo no sale nada, vivimos del campo. Dicen que están llenos de plata pero no es así, ellos trabajan. Sí [hubo conflictos], pero no me acuerdo cuándo. La gente los atacó, los tienen como que hacen plata sin trabajar”.

En consonancia con este testimonio, en la mayoría de los relatos el campo aparece como un sector uniforme y bueno para la economía local, asociado únicamente a un sector del campo: los empresarios del modelo agroindustrial. Además, como parte de la caracterización de la vida cotidiana en estas localidades, resulta importante mencionar que la mayoría de la población trabaja en el rubro comercial o en el caso de San Jorge, en el frigorífico de la empresa Paty. En efecto, resultaba notable la cantidad de tiendas que había en ambos lugares (especialmente peluquerías y tiendas de indumentaria). Los principales clientes de quienes trabajan en el rubro comercial son, desde ya, el resto de los vecinos. Este circuito de economía interna es una de las aristas de las redes de interdependencia que afecta significativamente las relaciones entre los pobladores.

Con respecto a cómo se desarrolla la actividad productiva de los campos agrícolas, Francisco, un productor a gran escala con campos en San Jorge y en Sastre que se mostró sumamente dispuesto a conversar conmigo y me propuso tener el encuentro en la estancia de su campo, comentaba: “No tenemos empleados fijos sino que contratamos servicios, por ejemplo el servicio de la siembra, el de la trillada, el de la fumigación y así. Además, los pequeños productores se convirtieron en arrendatarios, este es el caso de los que me alquilan a mí, todo se concentra en grandes arrendatarios, te lo cuento por más que yo sea uno de estos”. Luego, adivinando lo que podía llegar a interesarme, añadió: “¿Querés que te cuente qué productos usamos? Glifo, Dicamba, Atrazina para el maíz, Metsulfuron para la soja. Yo me crié entre líquidos, lo tengo naturalizado, es como el médico con la amoxilina 500”.

La soltura de Francisco para narrar algo que él mismo identificaba como políticamente incorrecto contrastaba con las respuestas escuetas y esquivas que estaba acostumbrada a recibir de parte de la mayoría de los vecinos.

Respecto a otras de las características de la agricultura industrial, una docente me contaba: Hay lotes que tienen tres generaciones que dependen de ese campo: los abuelos, los hijos y los nietos viven de esa economía que les da el campo, pero ninguno trabaja. Dentro de esas familias hay gente que tiene que hacer algo, entonces florecen las tiendas. Vos ves en Sastre que está llena de tiendas para estar ocupados, para hacer algo.

Si bien la actividad agrícola aparece de manera reiterada en los discursos de los entrevistados, dos opiniones contrapuestas prevalecen: algunos vecinos identifican este sector como fundamental para la economía local y otros explican que la actividad agrícola no es una fuente de empleo significativa.

Por su parte, si bien todos los entrevistados coinciden en señalar que la actividad del campo cambió con el paso del tiempo, sus explicaciones varían. Algunos entrevistados relacionan este cambio con la incorporación de la tecnología y mencionan algunas de sus consecuencias, como el despoblamiento rural y el cambio en el paisaje. Un vecino me explicaba lo siguiente: “El campo cambió mucho, ahora hay mucha maquinaria. Se cambió la mano de obra por la tecnología, hay poca producción ganadera porque no es rentable y la soja es muy importante”.

Por su parte, una docente rural me comentaba: “Muchas escuelas cerraron por la falta de alumnos, porque a esas escuelas iban los hijos de los trabajadores rurales y del tambo y, como muchos cerraron, las escuelas quedaron vacías. No hay gente viviendo en el campo, ni trabajadores ni dueños”.

Si bien todos están de acuerdo en que el campo ha sufrido modificaciones en las últimas décadas, las percepciones respecto a estos cambios se presentan de manera diferente según quien las enuncia. Ciertamente, como señala Segura (2013), los lugares se construyen a partir de una plura-

lidad de voces y de afectos disímiles entre quienes habitan el espacio. En este caso, el campo no es el mismo para un peón rural jubilado, para un apicultor y para un activista. Los tres actores tienen perspectivas diferentes respecto a las consecuencias de los cambios en el sector agrícola, que responden a las mediaciones que tienen con este sector. Miguel, quien se desempeñó gran parte de su vida como peón rural, me comentaba lo siguiente: “Se tecnificó el trabajo rural, se hizo más fácil y selectivo porque mejoraron mucho la calidad de las fumigaciones”. Osvaldo, el apicultor, me explicaba: “Antes esta era una zona apícola, pero ahora solo quedan tres o cuatro productores, cuando antes había veinte aproximadamente. Esta reducción se debe, en parte, a que la abeja necesita del monte para autoabastecerse y acá ya no hay”. Para Leonardo, un activista local, el campo se transformó en un lugar de paso, inhóspito y alejado de la vida local: “Incluso el modelo de producción generó eso, con la expansión del monocultivo el paraje es irreconocible, tenés que caminar por el medio de la nada para tratar de adivinar dónde estaba tu casa. Y lo que genera es algo entrañable en vez de una bronca, una rabia de decir qué están haciendo, ¿no les parece raro que ahora tengamos desierto de soja?”.

Lo cierto es que todos los entrevistados señalaron estar acostumbrados a la actividad agrícola de los campos lindantes. La misma forma parte de su cotidianeidad y estructura parte de la rutina de todos los habitantes, incluso de quienes no trabajan en el sector agrícola. Si se tiene en cuenta que las prácticas y los discursos de los sujetos median la experiencia entre el ambiente contaminado y la experiencia subjetiva (Sarlingo, 2013), podría pensarse que el acostumbramiento condiciona la percepción del peligro. Este acostumbramiento tiene varias aristas a considerar. Por un lado, aparece en la mayoría de los discursos de los entrevistados en relación con las implicancias del trabajo rural de la zona: extensos campos de monocultivo, la circulación de tractores y máquinas por la ruta, las fumigaciones periódicas y los marcados ciclos de trabajo. Por otro lado, es importante considerar la habituación sensorial implicada en el acostumbramiento al ambiente contaminado. En algunas entrevistas, se mencionaba el olor a agroquímico como un factor importante para percibir o no el riesgo. Un vecino señalaba: “[La actividad agrícola] es igual que en otros pueblos, solo cambia que acá la población es más grande y por ende hay más roces, más indiferencia, menos olor. El olor te despierta, cuando no hay olor estás como dormido”.

Por su parte, el director del Hospital San Jorge me comentaba: “Yo viví en Rosario por trece años. Cuando volví a San Jorge sentía mucho olor a agroquímico y se lo comenté a mis allegados, pero nadie más lo sentía. Ahora hace cuatro años que estoy acá, pero ya hace tres o dos que no siento el olor”.

A tono con Sarlingo (2013), considero que en tanto la exposición a las fumigaciones con agroquímicos no suele generar rastros visibles en el cuerpo en el corto plazo, la habituación sensorial desempeña un rol fundamental en el condicionamiento de la percepción del peligro. Sin embargo, como intentaré mostrar, aunque esta explicación resulta cierta es insuficiente para explicar de manera acabada las experiencias implicadas en la exposición a las fumigaciones con agroquímicos en San Jorge y Sastre.

Percibir y, sin embargo, callar: los repertorios del silencio

Según Douglas (1996), las nociones que se tengan de un riesgo son construcciones sociales que enfatizan algunos aspectos del peligro y que ignoran otros. Asimismo, la percepción del riesgo varía según la posición social de los actores involucrados. Por lo tanto, la percepción de un determinado riesgo por parte de los habitantes de una sociedad estará mediada por la interacción social y no se corresponderá, necesariamente, con el riesgo objetivo (Douglas, 1996). En línea con esto, Douglas (1996) también se pregunta por qué los riesgos cotidianos a los cuales se exponen las personas suelen ser codificados como poco peligrosos. La autora explica que esta conducta se encuentra estimulada por el entramado social y que es, precisamente, en la interacción social donde se codifican gran parte de los riesgos. Por su parte, Trombetti (2019) explica que la aceptabilidad del riesgo suele ser mayor cuando su fuente es la misma que la que genera trabajo.

En un primer momento, cuando comencé mi investigación, creía que los discursos y las prácticas de las poblaciones rurales expuestas a las fumigaciones con agroquímicos se harían eco de lo que numerosas investigaciones científicas indicaban: que la cercanía entre el ejido urbano y los campos agroindustriales vuelven a las fumigaciones un riesgo latente (Carrasco, 2009; Benachour & Seralini, 2009; Kaczewer, 2002). Sin embargo, este y otros supuestos se desarmaron en mi experiencia de campo. La reticencia con la que me encontré al intentar conversar con los pobladores locales me asombró muchísimo. Tras presentarme, muchas personas rechazaban la conversación con suspicacia o simplemente se callaban. Los que finalmente accedían a hablar conmigo hacían poca referencia a las fumigaciones con agroquímicos, si bien en su descripción de la vida cotidiana siempre aludían al sector agroindustrial. Es por esto que, en un primer momento y en consonancia con otras investigaciones (Biocca, 2016; Iturralde, 2014), creí que –excepto por los activistas– los vecinos entrevistados no percibían un riesgo respecto de las fumigaciones. Sin embargo, un análisis más minucioso de mis registros de campo me permitió objetar esta primera hipótesis. Los datos que me hicieron sospechar de la veracidad de esta primera asunción fueron los siguientes: en primer lugar, los activistas se mostraban completamente convencidos de que la población local percibía los riesgos y efectos de la exposición a las fumigaciones pero que, sin embargo, no querían verse implicados en una denuncia. En segundo lugar, el propio “clima” social que vivencié durante mi trabajo de campo, respecto de la relación que los vecinos estaban dispuestos a tener conmigo como interlocutora foránea se constituyó en una nueva pista del sentido de juego imperante, vale decir, de narrativas y/o acciones que son vividas socialmente como válidas o como “locuras” que conviene excluir, en esa anticipación práctica característica de un *habitus* socialmente condicionado (Bourdieu, 1991). Esta profunda intuición de campo me permite conjeturar que si bien se percibe el riesgo implicado en la exposición a las fumigaciones, la oposición a las reglas de juego imperantes conlleva sanciones que la mayoría de la población no puede darse el lujo de encarar. Recordemos que el campo –entendido aquí como el sector productivo agroindustrial– conforma, en el marco de este entramado local, un hecho social total (Mauss, 2009) del cual resulta difícil, si no imposible, abstraerse. En el presente artículo intentaré dar cuenta de mi propio pasaje entre el supuesto de que los vecinos no perciben el riesgo de la exposición a los agroquímicos a la asunción de que construyen una estrategia activa, efectiva y audaz para poder seguir siendo parte de las redes de interrelaciones sociales de estas pequeñas ciudades.

Por su parte, en el caso del riesgo a los agroquímicos resulta importante considerar la siguiente particularidad: la exposición crónica a los efectos de los mismos es, por lo general y al menos por un tiempo, imperceptible. En consecuencia, para que adquieran visibilidad es importante apelar a un saber. En particular, como señala Iturralde (2014), esta condición de invisibilidad en los efectos de la exposición a los agroquímicos en el corto plazo hace que el conocimiento brindado por los expertos y/o científicos juegue un papel fundamental en la percepción y la aceptación de ese riesgo. En San Jorge, el director del hospital local me comentaba: “Es una cuestión cultural creer que hay más cáncer en los pueblos que en las ciudades, no hay estudios científicos que lo demuestren”.

Al igual que en otros estudios (Trombetti, 2019), aquí también el riesgo que produce la agricultura industrial es catalogado y disminuido por los portadores del “conocimiento experto”, así como por las autoridades representativas de las instituciones locales. En este caso y a pesar de que ciertas afecciones en la salud –como por ejemplo el cáncer de tiroides, los abortos espontáneos, las patologías en el desarrollo y las afecciones respiratorias– son considerados enfermedades endémicas de esa zona (Nogar & Larsen, 2014), el discurso de una persona que ocupa un alto cargo en el hospital local y que, por ende, podría pensarse como una voz autorizada respecto de las condiciones actuales de la salud pública, reproduce el discurso de inocuidad respecto a la exposición a los agroquímicos.

Este discurso de inocuidad también lo encontramos en los vecinos. En efecto, algunos vecinos negaban que pudiera existir una relación entre algún problema de salud o enfermedad y la ex-

posición a las fumigaciones con agroquímicos. Este fue el caso de Liliana. Me contacté con ella, en primer lugar, vía Whatsapp. Me respondió amablemente y me pidió más información respecto a los motivos y alcances de mi investigación. Luego accedió a que nos encontráramos en la semana. Sin embargo, al día siguiente me llamó por teléfono y me pidió mayores aclaraciones. Terminó la conversación diciéndome que iba a reconsiderar el encuentro y que luego me avisaba. Al otro día me llamó para decirme con reticencia que accedía a encontrarnos. Nos reunimos en el local de indumentaria que Liliana atiende. Me cuenta que este es su “*trabajo secundario*”, ya que su trabajo principal es una pequeña empresa de turismo que maneja desde su casa. Durante un rato largo hablamos sobre San Jorge: la rutina local, los comercios, el frigorífico y por último, el campo. Cuando pregunté específicamente por la relación entre productores y vecinos, Liliana respondió: “el tema no es fácil. El productor antes se levantaba a las cinco o a las seis de la mañana, se iba a trabajar al campo, vivía bien pero no como ahora”. Me comenta que por la agencia de viajes conoce a los productores y que ellos “viven otra vida”. Se inclina sobre el mostrador que nos separa y agrega: “El gringo de alpargatas no existe más. Igual no hay conflictos porque cuando el campo funciona, funciona todo”. En este punto, me parecía que había establecido cierto *rapport* con mi interlocutora y por eso decidí preguntar específicamente por problemas recurrentes en la salud. Transcribo aquí su respuesta:

Sí, hay. Cuando viví en Rosario trabajé en un centro de salud donde había muchos casos de leucemia, de los cuales un alto número eran de San Jorge. Lo mismo pasaba con la celiaquía. Por ejemplo: de 24 celíacos en el departamento de San Martín, 18 eran de San Jorge. No te dan los números.

Luego, sorpresivamente, agrega: “Sé a qué te referís y a dónde querés llegar, pero yo no lo veo así, mis dos hermanos fallecieron de cáncer, pero eso tuvo que ver con las emociones”. Para enfatizar su punto, la vecina insiste: “Yo antes corría por el campo y una vez un avión que estaba fumigando no me vió y me roció entera. Esto fue hace diez años y nunca me pasó absolutamente nada”.

En esta conversación me parece advertir un doble gesto: por un lado, Liliana habla de problemas recurrentes en la salud y —sin que yo le pregunte directamente— de las fumigaciones con agroquímicos. Sin embargo, rápidamente explicita que no hay relación alguna entre estas dos cuestiones. Este testimonio ilustra que para algunos vecinos considerar a la enfermedad como un producto de la exposición a las fumigaciones es una práctica improbable que se excluye bajo el título de lo impensable (Bourdieu, 1991).

En este testimonio, además, la entrevistada sitúa a la entrevistadora (a mí) como una representante del sector que se opone a las fumigaciones con agroquímicos del que, por lo tanto, se tiene que defender. En este gesto, no solo anticipa las “verdaderas intenciones” de la entrevistadora cuando afirma saber “a dónde quiere llegar”, sino que también utiliza la comparación entre el destino de sus hermanos y su propio devenir tras ser rociada con agroquímicos, para responsabilizar a sus hermanos por su propio infortunio. Esto se corresponde con lo que Douglas (1996) denomina la utilización de los poderes de la naturaleza como técnica de coacción social: si la muerte de la persona enferma, en este caso la de sus hermanos, se debe a razones naturales, esto diluye las responsabilidades y silencia las posibles denuncias que sean capaces de romper el amasijo social (Douglas, 1996).

Por otro lado, algunos vecinos sí mencionan la existencia de problemas frecuentes en la tiroides, cáncer y afecciones respiratorias, pero la posible relación entre estos problemas de salud y la exposición a agroquímicos es enunciada con cautela. Como menciona Juan, un vecino entrevistado: “Además del covid, está el cáncer. Supuestamente [es] por los químicos de las fumigaciones pero a mí no me provocan ningún malestar”.

En los testimonios, los problemas en la salud recurrentes se enuncian sin sorpresa ni susto, en tanto forman parte de la cotidianeidad de los vecinos respecto al lugar en el que viven (Sarlingo, 2013). La falta de información sobre el nivel de toxicidad presente en las fumigaciones cola-

bora en la construcción de la sensación de incertidumbre (Schramm & Kottow, 2001), que hace que los actores entrevistados puedan apelar, únicamente, a su propia experiencia como “termómetro” del peligro. Además, teniendo en cuenta que la ciencia moderna es quien oficia de juez para decidir qué diferencias pueden ser toleradas y hasta qué punto (Blaser, 2019), al no haber un acuerdo científico respecto a la toxicidad de los agroquímicos ni poder establecer, por su propia complejidad, una relación de causa y efecto en las problemáticas de salud, los argumentos en contra del uso de agroquímicos son catalogados como meras creencias.

Sin embargo, esta incertidumbre no es producto, únicamente, de la falta de consenso científico respecto de la toxicidad de la exposición a las fumigaciones con agroquímicos, sino que también responde a la imposibilidad de expresar públicamente el desacuerdo con el sector agrario. Es por esto que, a pesar de percibir la alta recurrencia del cáncer en la población local, el vecino entrevistado aclara que esto no le afecta. De manera similar a lo que ocurrió en el encuentro con Liliana, en esta postura también se revela la ambivalencia que los vecinos sostienen respecto de las fumigaciones con agroquímicos: por un lado, conocen los efectos de la exposición a las fumigaciones pero, por el otro, eligen tomar distancia en un contexto en el que la actividad agrícola constituye una de las actividades económicas primordiales y que, además, es ejercida por el sector dominante de la sociedad. Por lo tanto, ¿existe un “afuera” del riesgo en un escenario en el cual la actividad del sector agroindustrial impregna lo que se dice, así como también lo que se calla? ¿No estoy, acaso, en presencia de una larga conversación con reglas claras y demasiado bien aprendidas por sus integrantes?

Como mencioné previamente, el discurso de los activistas respecto a la percepción del riesgo de la comunidad agudizó mis sospechas en cuanto a la percepción del riesgo en estas localidades: ellos aseguran que los vecinos registran a las fumigaciones con agroquímicos como peligrosas, pero que prefieren no expresarlo públicamente. Uno de ellos me contaba: “Un padre me llama y me dice: yo no lo llevo más a fútbol a mi hijo porque fumigan al lado, pero no voy a decir nada. Es que si decís la palabra agrotóxico se ponen locos, pero al final es eso: un veneno”.

A su vez, Gabriela, la abogada que llevó adelante la causa de la vecina Viviana Peralta, comentaba algo similar respecto al momento en el que se desarrolló el caso, durante los años 2008 y 2009:

Muchos vecinos tenían mucha vergüenza de decir que ellos veían que efectivamente la problemática de salud que tenía algún miembro de su familia podía llegar a estar vinculado a los agrotóxicos, decían ‘los productores tienen derecho a trabajar, ¿cómo les vamos a decir nosotros que no fumiguen? Ellos tienen el dinero, nosotros somos gente humilde, trabajamos para el municipio o para esa gente. ¿Yo qué le voy a decir al señor?, ¿que no tire eso?’

Este testimonio esclarece dos cuestiones. La primera es que expresarse abiertamente en contra de las fumigaciones queda por fuera de lo establecido como permitido dentro de la discusión política local, en tanto se contrapone a la forma legitimada de desarrollo económico y progreso (Blaser, 2019). La segunda es el registro de dos posiciones sociales diferentes con distintas posibilidades de expresión. Por un lado, están aquellos que tienen el poder real: los empresarios y arrendatarios agroindustriales que, como Francisco, tienen poco reparo en comentar sus prácticas. Por el otro, los “vecinos comunes”: empleados municipales, comerciantes, docentes que en su mayoría se muestran reticentes a hablar conmigo al respecto. En este contexto, el silencio se constituye como una práctica que tiene fines determinados a la vez que se adelanta a un devenir probable: denunciar una práctica peligrosa generada por el sector dominante de la sociedad local puede tener consecuencias difíciles de afrontar. Concretamente, la imposibilidad de mudarse y el temor a perder la fuente laboral, inhabilitan la denuncia de los vecinos. Están, en palabras de Bourdieu (1999), encadenados al lugar.

En este punto, considero necesario explicitar que estos silencios no responden a una posición pasiva desprovista de agencia. Por el contrario, se constituyen como una estrategia efectiva y

coherente. Al igual que lo observado por Caisso (2022), aquí también el silencio social frente a las fumigaciones con agroquímicos es una postura usual. Estos silencios están dotados de una politicidad particular, diferente a las posturas que rápidamente identificamos como “políticas” (Caisso, 2022). Asimismo, debido a su pequeña escala, este escenario se acentúa en las localidades en cuestión. Como ironizaba un activista, “los pueblos no son amigos de las grietas”. Además, las instituciones comunitarias, que son las que tienden a ser más sensibles ante cuestiones que resulten amenazantes para el conjunto social (Douglas, 1996), son escasas en estas localidades. En efecto, en San Jorge, nadie menciona una organización que se encargue de esta problemática. Así es que una activista local comentó que “culturalmente hablando, estos pueblos están acostumbrados a las fumigaciones. La gente no se involucra, no hay organizaciones, hay personas que acompañan pero hasta ahí, hasta que llega el momento de enfrentarse. Esto ocurre porque son pueblos y todos se conocen, te ven y te marcan”.

En comunidades chicas, los lazos sociales suelen ser fuertes y las opiniones de sus integrantes, más sensibles de ser sometidas al escrutinio público (Douglas, 1996). Eugenia, abogada y activista ambiental en San Jorge, me comentaba: “dicen que estoy financiada por alguien, que no soy abogada, que soy ambientalista”. En Sastre, una activista me contaba: “No es que la gente no apoye el pedido pero tiene miedo de demostrar que lo apoya. Vienen y te felicitan, es más nos han felicitado concejales que estaban en el Concejo en el momento que nosotros íbamos a pedir y que no nos podían decir nada pero después nos veían en el pueblo y nos decían ‘qué bien, qué bien’”.

En consonancia con este testimonio, los representantes del Estado apenas comparecen en los discursos de los entrevistados y, cuando lo hacen, es desde un lugar pasivo. El poco pronunciamiento y la falta de respuestas frente a las denuncias de los activistas por parte de los representantes locales del Estado en torno a la exposición a las fumigaciones con agroquímicos nos conduce a considerar su respuesta como una política de inacción u omisión (Carman, 2011). Es decir, los representantes del Estado actúan como si no existiese un conflicto.

La supuesta falta de percepción del riesgo respecto a la exposición a las fumigaciones con agroquímicos enmascara, pues, una sumisión obligada, producto de la violencia simbólica en la relación entre actores con desigual capital económico, político y simbólico (Bourdieu, 1999; Olmedo y de León, 2016). En otras palabras, el silencio en torno a las fumigaciones con agroquímicos no refiere a la falta de percepción del riesgo sino que –al igual que como observaron Kunin y Lucero (2020)– dicha exposición y sus consecuencias en la salud se encuentran atravesadas por lo indecible.

A tono con Quirós (2014), considero que si bien puede resultar arriesgado atribuir intenciones y expectativas no verbalmente expresadas a mis interlocutores, son justamente estas las que me permiten comprender la conformación y dinámica de sus relaciones. En efecto, la gente da a conocer su mundo a través de lo que dice pero fundamentalmente a través de lo que hace y de cómo lo hace, implicando aquí lo que se calla y/o oculta. Todo esto me lleva a pensar que el silencio de los vecinos es ejercido activamente y puede, por ende, ser considerado un repertorio de acción frente a un contexto opresivo. Si se tiene en cuenta que todo enunciado es una respuesta a enunciados previos que circulan socialmente (Bajtin, 1999) y que, a nivel local y nacional, los discursos socialmente contruidos respecto al sector agrícola están vinculados al progreso económico y al desarrollo, se podría pensar que, frente a estos enunciados previos, la única reacción “razonable” que encuentran los vecinos es el despliegue de un silencio cargado de sentidos; o de un diálogo en sordina, entre murmullos. Ante esta imposibilidad de expresar la percepción del riesgo frente a las fumigaciones con agroquímicos, queda constituido lo que aquí denomino *los repertorios del silencio*. Estos repertorios son ejercidos activamente por los vecinos y funcionan como una estrategia ortodoxa, una estrategia de permanencia. Si bien los vecinos perciben un riesgo frente a la exposición a las fumigaciones con agroquímicos, mantener el silencio les permite permanecer en el lugar donde siempre han vivido, y que las cosas –y los sentidos asociados a esas cosas– permanezcan tal como eran, y deberían seguir siendo. Es por esto que sostener los

repertorios del silencio es una práctica que se anticipa una posible sanción⁴ (Bourdieu, 2012); en este caso, la que podría surgir de la denuncia de los riesgos implicados en la exposición a las fumigaciones. En este sentido, es importante considerar que las fumigaciones con agroquímicos implicadas en la producción agrícola de la zona forman parte de –en palabras de Quirós (2014: 11)– una controversia nativa. Según la autora, las controversias sociales son asuntos públicos e importantes que se discuten abiertamente y tienen implicancias profundas en los involucrados. Desde aquí, interpreto que los silencios son la manifestación de una controversia que atraviesa a todo el tejido social.

Los repertorios de la denuncia: activismos locales y experiencias de organización

¿Por qué un grupo de vecinos acciona a favor de –en palabras de Bourdieu (1991)– lo impensable, pese a los costos que podría acarrear? ¿De qué modo el activismo local modifica la percepción y los sentidos del lugar en el que se desarrolla? Estas preguntas despertaron otras como, por ejemplo, ¿en qué momento el reclamo por la cercanía de las fumigaciones se vuelve legítimo para los organismos estatales y para la comunidad? A continuación, repondré brevemente las experiencias de organización surgidas en ambas localidades.

Por un lado, Gabriela, la abogada en la causa Peralta, V. c/ Municipio de San Jorge y otros, me cuenta los comienzos y devenires del caso:

[...] hablé con Viviana, me cuenta toda la historia que venía sufriendo, ella tenía una nena que había nacido hace dos años, ya antes habían hecho una denuncia por otra problemática que habían tenido con uno de sus hijos. Ella tenía ocho hijos, era una mujer humilde y cruzaba la calle y tenía el campo. O sea, toda esa parte olvidada del municipio, el barrio Urquiza. La cuestión es que ella me dice ‘mirá acá antes fumigaban una vez cada tanto, muy aisladamente, pero desde hace cinco años a esta parte empezaron a fumigar promedio una vez por mes o cada dos meses’. Ella vivía ahí desde que nació, era la casa de los padres, siempre vivió en esa zona. Me contaba toda la transformación, yo lo pude interiorizar gracias a que ella lo vivió y me lo contó. La Vivi me dice: ‘cuando nosotros empezamos a ver todos los problemas, los árboles que teníamos acá adelante se secaron, los animales se empezaron a enfermar y después lo empecé a ver en mis hijos, unas alergias espantosas, unas dermatitis que no se iban, la vecina de acá, de allá’. Después yo empecé a patear otros pueblos y se repiten todas las mismas problemáticas: hipotiroidismo, abortos prematuros o niños con interrupción en el desarrollo. [...] Su nena Ailén estuvo cinco días internada muy grave y me dice que acá habían fumigado a los dos días que ella nació y tuvieron que ir directo al hospital. La nenita tenía dos años y vivía a corticoide porque acá no paran de fumigar, ‘cada vez que fumigan, mi hija con un cuadro’. Ella fue la primera que me hizo la asociación directa.

Así como Viviana apela a la descripción de su entorno para explicar el avance de la degradación y el peligro, Gabriela necesita el relato de Viviana, que incluye una exposición directa a los campos colindantes y una hija enferma para, en sus palabras, “interiorizar” una nueva imagen del sector agrícola que sea contraria al imaginario hegemónico. En este sentido, la constatación directa de la enfermedad es uno de los factores que tiene la capacidad de romper con el repertorio de silencio y, a la vez, activar otro tipo de estrategias.

“Ahí empiezo a hablar con los vecinos del barrio, el mismo trabajito de ir puerta por puerta con mi mejor cara. Ella me acompañó y me decía ‘hay que hacer algo’. [...] La médica de Ailén le dijo, nena, tu hija no puede estar así a corticoide, o andate del barrio o decile a esta gente que no fumigue más y Viviana la miraba, no podía hacer ninguna de las dos cosas”.

Como se mencionó previamente, en tanto los vecinos no tienen la posibilidad de mudarse y sus

⁴ La variedad de sanciones que mencionaron los habitantes era amplia. Entre ellas se encontraban: la posibilidad de perder la fuente laboral, el “boicot económico” a los comerciantes y las amenazas explícitas e implícitas, como por ejemplo perseguir y acorralar a los peatones con camionetas 4x4.

reclamos no son oídos por las autoridades locales, su margen de acción para denunciar la exposición a las fumigaciones es limitado. En este contexto, contar con un interlocutor externo –en este caso Gabriela– podría ser otro de los factores que posibilita romper el silencio, en tanto introduce enunciados novedosos que exceden al propio territorio y que permite superar la disyuntiva entre saber y no saber, propia de la incertidumbre que expresan los vecinos. Ciertamente, Gabriela, al no residir en San Jorge, tiene mayores posibilidades de denunciar públicamente los perjuicios de la exposición a las fumigaciones con agroquímicos. En febrero del año 2009 se presenta un amparo ambiental que resulta en el Fallo V. Peralta c/ Municipalidad de San Jorge y otros. A poco más de diez años del fallo, ningún vecino menciona el caso de Viviana Peralta. Según los entrevistados, hoy en San Jorge no hay disputas con el sector agrícola ni organizaciones que se encarguen de las problemáticas socioambientales. En Sastre, una activista me comentaba: “En su momento en San Jorge también había un movimiento como el de Sastre, pero el que se ponía al frente del movimiento era tildado de catastrofista o que no entendía nada”.

A su vez, una de las personas con las que conversé –que en el pasado había realizado una denuncia pero que actualmente no se encontraba implicado en ningún reclamo– me comentó lo siguiente:

“Los clubes de fútbol, el Club San Jorge y el Emilia, se encuentran en la periferia. Un día estaba viendo una práctica de fútbol de mi hijo cuando un avión fumigador pasó a doscientos metros del suelo y cerca de la cancha, fumigando. Decidí hacer una denuncia penal ya que el avión violaba la insensible cantidad de metros permitidos. Después un periodista publicó una nota acerca de la denuncia en el diario *La Capital*. En su momento esto tomó una efervescencia muy grande, sentía mucha presión, me costaba salir de la casa. Denuncié a un tipo respetado y lo sentí. Parte de la sociedad se puso en mi contra. El sector agrario en San Jorge no es muy numeroso pero es potente y agresivo”.

Resulta evidente que la experiencia del sufrimiento no es producto, únicamente, de la exposición a los agroquímicos, sino que también está determinada por los discursos que circulan en el campo social y la ausencia de intervenciones por parte de los organismos estatales para aligerar, visibilizar o interrumpir esos padecimientos sociales (Auyero & Swistun, 2008). En este sentido, si bien el silencio puede contribuir a reproducir el padecimiento en este escenario de incertidumbre, constituyéndose en una de las formas en las que se expresa el sufrimiento ambiental, la denuncia acarrea costos no menores que afectan a los involucrados y también provocan experiencias de padecimiento.

Con respecto a la experiencia de Sastre, en el año 2018, un grupo de vecinos se organizó para presentar un amparo y alejar las fumigaciones terrestres a mil metros del ejido urbano. Así, en septiembre del año 2020, se logró, por primera vez en la provincia de Santa Fe y por segunda vez a nivel nacional, un fallo favorable que protege a toda la comunidad, prohibiendo las fumigaciones terrestres con cualquier tipo de agroquímico en los mil metros colindantes al ejido urbano. Más de cuarenta vecinos firmaron el amparo colectivo ambiental contra la Municipalidad de Sastre. En este caso, el motor del proceso judicial fue Zoe, una niña de dos años con un linfoma no-hodgkin y con pedidos especiales de parte de los médicos para que se resguardara de las fumigaciones. Como señala Rita, una activista local, Zoe se convirtió en la “bandera” de la causa:

Nosotros nos dimos cuenta de que teníamos que ir con Zoe, que en el momento fue el emblema, porque si sos vecino es una masa uniforme que nadie sabe quién es pero es distinto cuando sos una nena de dos años con un problema y con una necesidad puntual, fue más fácil encauzarlo por ahí. El pedido es el mismo, vamos a escuchar a esta familia y nosotros venimos atrás, pero vamos por ella. Eso sirvió mucho también, encontrar a alguien en donde personalizar la cosa porque si es todo tan colectivo no te podés identificar en alguien concreto y es difícil.

Según Fassin (2019), la política se ejerce por intermedio y sobre los cuerpos. En ellos se expresa tanto la violencia estructural del Estado como la oposición que los individuos le ofrecen. En el momento actual, debido a un descreimiento respecto de la palabra, el cuerpo pasa a ser el lugar en

donde se busca la verdad (Fassin, 2019). La enfermedad de Zoe está dotada de una verdad que el Estado y el sistema judicial reconocen, ya que ha desarrollado una patología visible, por contraste a otros vecinos que no la han desarrollado. La legitimidad que le brinda la enfermedad al reclamo en cuestión es evidente incluso para vecinos y activistas de otras localidades. Como señala Marta, una vecina de San Jorge: “la problemática se da igual acá y en los pueblos cercanos pero lo de Sastre es una excepción, tuvieron suerte por tener el caso Zoe”.

En efecto, Zoe se convierte en una abanderada en el reclamo por la exposición a las fumigaciones con agroquímicos. Su enfermedad se transforma en un recurso activamente movilizado (Fassin, 2019) por parte de los activistas locales. El cuerpo de Zoe es –en palabras de Fassin (2019)– biolegítimo, es decir reconocido por una política que prioriza derechos a quien es portador de un cuerpo enfermo o sufriente. En este contexto, la enfermedad se transforma en un recurso emblemático para encauzar el reclamo de los activistas.

Así es como con la visibilización del caso de Zoe, el reclamo de los activistas de Sastre gana popularidad y, a pesar de las dificultades propias de cualquier movimiento contrahegemónico, el activismo local logra introducir la posibilidad de pensar un afuera de los repertorios del silencio. Laura, una activista, señalaba:

“Sigue siendo difícil porque, como te dije antes, los productores son la gente que más plata tiene, la que detenta el poder real pero que vengan cuarenta vecinos, empleados, con una defensora oficial a meterles mil metros, por más que por ahí a ellos esos mil metros no les representa nada pero es lo que significa, es el poder que pierden. Primero porque ya están perdiendo esa credibilidad, esa licencia social que antes tenía el productor que ‘todos somos el campo’, ‘el campo alimenta al mundo’, ‘sin campo no habría economía’, la gente ve que en verdad no es así y que lo que esa forma de producir le genera en su salud y a su familia hace que pierdan esa licencia que tenían antes”.

A pesar de los resultados favorables de las experiencias de organización aquí descritas, resulta importante mencionar las consecuencias materiales y simbólicas que tienen estas denuncias en la vida de quienes la llevan adelante. Mariela y Carlos, dos activistas de Sastre con los que conversé, habían tenido que mudarse a otro pueblo tras perder su trabajo por ser parte del movimiento de vecinos que llevó adelante la denuncia. Al respecto, me comentaban:

“El problema es de los políticos, del modelo y de todo el poder del campo que se sigue respirando cuando se entra en un conflicto y en el pueblo posicionarse desde algún lugar es entrar en conflicto enseguida. El otro día conversaba con el Leo de los autoconvocados, él decía que mucha gente no se compromete porque se le juega su trabajo y yo le digo que nosotros perdimos nuestro trabajo por comprometernos. Yo no vengo de una familia acomodada, mi viejo fue obrero y pastor evangélico, mi vieja trabajó en el hogar de ancianos. Cuando me metí en Autoconvocados ya estaban jubilados los dos pero ellos me dijeron ‘maneja te con cautela porque nosotros vivimos acá y no somos como vos que te vas a Santa Fe y volvés’. La incidencia real que tiene el campo en Sastre tiene más que ver con un poder simbólico que con la gente que trabaja en el campo porque emplea cada vez a menos gente y es gente que no tiene un status de vida mucho más alto que la media”.

En línea con esto, luego de una larga conversación, y justo antes de retirarme, una vecina de San Jorge me comentó: “acá manda el que tiene, las minorías como el feminismo o la agroecología son agredidas. El que tiene plata tiene el poder y los conflictos son individuales. Es solo un grupo muy minoritario el que se la juega por eso, el resto se calla. Yo sé que es así aunque no estoy en ningún grupo”. Este tipo de testimonios permite elucidar que el temor a las represalias que podría estar implicado en el silencio de la mayoría de los vecinos es una posición en extremo coherente, basadas en cuestiones evidentes: fundamentalmente, el riesgo a perder la fuente laboral y la posible exclusión social.

Esto permitiría pensar dos cuestiones respecto al activismo local –que pretendo profundizar en una segunda ronda de trabajo de campo–. Por un lado, los repertorios de la denuncia aparecen

como una estrategia más costosa. Por otro lado, el activismo local puede generar un corrimiento de sentido en las percepciones de la comunidad. En efecto, las experiencias de organización pueden constituirse en una plataforma para que, ante situaciones de riesgo ambiental, los actores involucrados desarrollen cierta *expertise* (Skill & Grinberg, 2014) respecto a un tema que les compete y del que no obtienen respuestas de parte de la ciencia o del Estado. Además, la posibilidad que tienen los activistas de asistir a asambleas y encuentros nacionales, y por ende, dialogar con actores externos a las localidades en cuestión, genera una apertura a nuevos enunciados que contribuyen a desarticular los repertorios del silencio. Esta exterioridad que introduce el activismo, posibilita otro tipo de respuesta al discurso hegemónico del sector agrícola. Esta respuesta es parte de los aquí denominados *repertorios de la denuncia*, que tiene como uno de sus efectos legitimar el conocimiento situado y de carácter híbrido (Nygren, 1999) que tienen los habitantes afectados. Este proceso de legitimación de su conocimiento cuestiona las supuestas barreras entre el ámbito social y el ámbito técnico; a la vez que les permite a los activistas participar públicamente en la discusión respecto de la exposición a las fumigaciones con agroquímicos.

Palabras finales

La exposición a las fumigaciones con agroquímicos y las disputas socioambientales que se libran a su alrededor constituyen una problemática actual que nos permite entender la complejidad implicada en la percepción de un riesgo que, al menos en un primer momento, no deja rastros en el cuerpo y un sufrimiento ambiental que, en caso de ser explicitado, producirá una enorme sanción social. En efecto, quienes denuncian la exposición a las fumigaciones con agroquímicos se enfrentan a perjuicios materiales, como por ejemplo la pérdida de su fuente laboral; así como también al riesgo de ser excluidos del entramado social del que siempre formaron parte. Como señalaron los entrevistados, las localidades en cuestión son pequeñas y la denuncia implica grandes niveles de exposición dentro de la comunidad.

A su vez, es importante considerar que la experiencia y la percepción del ambiente contaminado está mediada por diversos factores. En las localidades aquí trabajadas, la exposición a las fumigaciones con agroquímicos es un riesgo cotidiano. En un primer momento se podría pensar que, como las poblaciones afectadas se encuentran habituadas al mismo, el riesgo es codificado como poco peligroso (Douglas, 1996). Sin embargo, esta explicación resulta insuficiente si se considera la actividad agroindustrial como un hecho social total en estas localidades. Desde aquí, lejos de demostrar una falta de percepción del riesgo, las omisiones y los silencios respecto a las prácticas agrícolas son parte de la controversia ubicua que supone objetar la práctica agroindustrial. En consecuencia, no puede pensarse un “por fuera” de esta larga conversación. En efecto, esta controversia atraviesa y condiciona los diálogos y las interacciones entre los locales y para conmigo.

A su vez, pensar el sector agroindustrial como un hecho social total elucida las características e implicancias de los dos repertorios de acción que he descrito. Por un lado, los repertorios del silencio, que ayudan a esclarecer el alto costo de denunciar el peligro que supone la exposición a los agroquímicos y se constituyen como una práctica que anticipa una posible sanción (Bourdieu, 2012). Los repertorios del silencio les habilitan a los vecinos un gesto de repliegue: pese a los graves incidentes de los cuales son partícipes o testigos, ellos continúan con sus vidas. Es importante resaltar la astucia que supone este repertorio. Ante las represalias sufridas, ya sea en primera persona o por terceros, los vecinos aprenden a callarse para no ser excluidos de la red de interdependencias que se constituyen en estas pequeñas ciudades. En efecto, una de las premisas que ha guiado mis interrogaciones sobre el campo y que todavía sostengo refiere a cómo hacer honor en mi escritura, y saber interpretar adecuadamente, esa espesa atmósfera plagada de estrangulamientos de la voz y susurros.

Volvemos ahora con el segundo repertorio ejercido por los activistas locales: los repertorios de la denuncia. Estos se materializan en amparos ambientales, movilizaciones y diálogos con

actores ubicados en otras localidades del país. La posibilidad de vincularse con habitantes de otros territorios más allá de las fronteras de la propia ciudad produce un efecto de “desencadenamiento” del lugar. A partir del intercambio y la articulación con otros activistas, se constituye un cúmulo de representaciones y prácticas que ampara y legitima el reclamo en torno a la exposición a las fumigaciones con agroquímicos, transformando a algunos habitantes en activistas. Sin embargo, sostener los repertorios de la denuncia no es una práctica libre de represalias. Como he mencionado, los costos materiales y simbólicos de levantar la voz en los estrados públicos son muy altos. Es por esto que esta estrategia es adoptada por pocos vecinos y, en los casos aquí tratados, con el respaldo de alguna enfermedad médicamente comprobada. La experiencia de sufrimiento ambiental que está implicada en los repertorios del silencio puede modificarse a partir de la denuncia. Sin embargo, la misma también puede ser motivo de exposición y estigmatización que lleve a una experiencia de sufrimiento aún mayor.

En este sentido, las experiencias de denuncia frente a la exposición a las fumigaciones en San Jorge y Sastre nos permiten pensar dos cuestiones centrales. Por un lado, el activismo local puede facilitar procesos de corrimiento del sentido en torno a la actividad agraria y a la exposición a las fumigaciones. Ciertamente, a partir de los repertorios de la denuncia, el escenario incierto que traza este “peligro invisible” puede volverse legítimo para la comunidad y para los organismos de gestión. Esta legitimidad es otorgada, en parte, por la enfermedad de alguno de los habitantes locales. En tanto en el contexto actual el cuerpo es el lugar donde el Estado busca la verdad (Fassin, 2019), los activistas encauzan el reclamo detrás de la enfermedad de algún afectado. Esto es reconocido por una política que prioriza derechos a quien es portador de un cuerpo enfermo (Fassin, 2019). Este reconocimiento hace que la enfermedad se transforme en un recurso activamente movilizado por los activistas. Por otro lado, la posibilidad de una interlocución externa con otros activistas apaciguan la incertidumbre alrededor del riesgo de la exposición a los agroquímicos así como también sus costos materiales y simbólicos, en tanto favorecen la circulación de otros enunciados en un contexto donde prima el silencio.

Bibliografía

- Acosta Reveles, I. L. (2008). Capitalismo agrario y sojización en la pampa Argentina. Las razones del desalojo laboral. *Lavboratorio*, 22, 8-12.
- Auyero, J. & Swistun, D. A. (2008). *Inflamable: Estudio del sufrimiento ambiental*. Buenos Aires: Paidós.
- Bajtin, M. M. (1999). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Beck, U. (2019). *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- Benachour, N. & Seralini, G (2009). *Chemical research in Toxicology*, vol. 22, pp. 97-105. American Chemical Society.
- Berger, M., & Ortega, F. (2010). Poblaciones expuestas a agrotóxicos: autoorganización ciudadana en la defensa de la vida y la salud, Ciudad de Córdoba, Argentina. *Physis: Revista de Saúde Coletiva*, 20, 119-143.
- Biocca, M. (2016). Más allá de las letras de sangre y fuego: Trayectorias de desposesión en Chaco, Argentina. *Población y sociedad*, 23(2), 61-90.
- Blaser, M. (2019). Reflexiones sobre la ontología política de los conflictos medioambientales. *América Crítica*, 3(2), 63-79. <http://dx.doi.org/10.13125/americanacritica/3991>
- Bourdieu, P. (1991) *El sentido práctico*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (1999) *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. (2012). *Las estrategias de la reproducción social*. México: Siglo XXI.
- Caisso, L. (2022). Escuelas rurales, docentes y fumigaciones con agroquímicos. Del registro del silencio social al registro de las resistencias cotidianas. *Cuadernos de antropología social*, (55), 69-84.
- Carman, M. (2011). *Las trampas de la naturaleza. Medio ambiente y segregación en Buenos Aires*. Fondo de Cultura Económica.

- Carrasco, A. (2009). Informe “Glifosato y teratogénis-malformaciones congénitas”.
- Castillo, P. (2013). *Expansión regional del cultivo de soja en Argentina* (Doctoral dissertation, Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Buenos Aires).
- Censo Nacional Agropecuario (CNA) (1988) Superficie total de las explotaciones agropecuarias que se censaron en el departamento en el Censo Nacional Agropecuario de 1988. Recuperado de: https://datos.gob.ar/dataset/agroindustria-censo---explotaciones-agropecuarias-cna-88-02-08/archivo/agroindustria_171afee4-546f-4951-bfd5-38391f3f6b4e
- Censo Nacional Agropecuario (CNA) (2002). Superficie total de las explotaciones agropecuarias que se censaron en el departamento en el Censo Nacional Agropecuario de 2002. Recuperado de: <https://datos.magyp.gob.ar/dataset/0c4ede16-0a5d-4351-8a2f->
- Cohen, M. A. (2017). Riesgo ambiental: la aportación de Ulrich Beck. *Acta sociológica*, 73, 171-194.
- Douglas, M. & Wildavsky, A. (1983). *Risk and culture*. University of California Press.
- Douglas, M. (1996). *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Paidós.
- Farquhar, J. & Lock, M. (2007). Introduction. En M. Lock & J. Farquhar (eds.) *Beyond the Body Proper: Reading the Anthropology of Material Life* (pp. 1-16). Durham: Duke University Press.
- Fassin, D. (2019). *Por una repolitización del mundo: Las vidas descartables como desafío del siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- García Martínez, O. (2022). Argentina: El cacerolazo como arma política. *PALMA Express*, 23-32.
- González Castillo, P. (2021). Habitar entre arenas de relaves. Incertidumbre sanitaria y sufrimiento ambiental en 84 Chañaral (Chile). *Revista INVI*, 36 (101), 83-108. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582021000100083>
- Iturralde, R. S. (2014) La construcción social del riesgo y el conocimiento científico: un estudio de caso sobre un conflicto socioambiental en 30 de agosto, provincia de Buenos Aires. *Cuadernos de Antropología*, 12, 175-189.
- Kaczewer, J. (2002). Toxicología del glifosato: riesgos para la salud humana. *La Producción Orgánica Argentina*, 607, 553-561.
- Kunin, J. & Lucero, P. A. (2020). Percepción social del riesgo y dinámicas de género en la producción agrícola basada en plaguicidas en la pampa húmeda Argentina. *Sexualidad, Salud y Sociedad (Rio de Janeiro)*, 58-81.
- Lapegna, P. (2019). *La Argentina transgénica: de la resistencia a la adaptación, una etnografía de las poblaciones campesinas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Larrea-Killinger, C.; Muñoz, A. & Mascaró, J. (2017). Cuerpos tóxicos: la percepción del riesgo de la contaminación interna por compuestos químicos en España. *Salud colectiva*, 13, 225-237.
- Ley Provincial N° 11.273 de 1995. Productos fitosanitarios. Legislatura de la Provincia de Santa Fe.
- Little, P. C. (2019). Cuerpos, toxinas e intervenciones laborales con residuos electrónicos en Ghana: ¿Hacia una corporalidad poscolonial tóxica?. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 14(1), 51-71.
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Merlinsky, G. (2020). *Cartografías del conflicto ambiental en Argentina III*. Ciccus, Buenos Aires.
- Nogar, A. G. & Larsen, B. A. (2014). Análisis de riesgos en la salud de la población rural de la pampa argentina por uso de agroquímicos en cultivo de soja. *RIAA*, 5(2), 71-84.
- Nygren, A. (1999). Local knowledge in the environment–development discourse: From dichotomies to situated knowledges. *Critique of anthropology*, 19(3), 267-288.
- Olmedo, C. & de León, I. C. (2016). Nonogasta: sufrimiento ambiental y silencio social. *Crítica y Resistencias. Revista de conflictos sociales latinoamericanos*, (2), 46-67.
- Quirós, J. (2014). Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y en-

- señanza en antropología. *Publicar*, XII (XVII), 47-65.
- Sarlingo, M. (2013). Corporalidad tóxica y sufrimiento ambiental. La experiencia de los habitantes de Colonia Hinojo, República Argentina. *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, (18 (2), 156-172.
- Schramm, F. R., & Kottow, M. (2001). Principios bioéticos en salud pública: limitaciones y propuestas. *Cadernos de Saúde Pública*, 17(4), 949-956. <https://doi.org/10.1590/S0102-311X2001000400029>
- Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos (SAGPyA). (2017). Informes Productivos Provinciales. Disponible en: https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/informe_productivo_santa-fe.pdf [consulta: 25/09/2019]
- Segura, R. (2013). Los sentidos del lugar. Temporalidades, relaciones sociales y memorias en un barrio segregado de La Plata (Argentina). *Sociedade e cultura*, 16(1), 59-68.
- Skill, K. & Grinberg, E. (2014). Controversias socio-técnicas en torno a las fumigaciones con glifosato en Argentina: Una mirada desde la construcción social del riesgo. En G. Merlinsky, (ed.), *Cartografías del conflicto ambiental en Argentina I* (pp.91-117). Buenos Aires: Ediciones CICCUS.
- Svampa, M. (2008). *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Svampa, M., & Viale, E. (2014). *Maldesarrollo: La Argentina del extractivismo y el despojo*. Buenos Aires: Katz editores.
- Teubal, M. (2008) Soja y agronegocios en la Argentina: la crisis del modelo. *Laboratorio*, 22, 5-7.
- Trombetti, F. (2019). La construcción social del riesgo en torno a la fumigaciones como proceso de ambientalización de los conflictos sociales. *XV Jornadas Rosarinas de Antropología Sociocultural* "Debates en torno a la naturalización de las desigualdades sociales", 24 y 25 de octubre.
- Verzeñassi, D. (2014). Agroindustria, salud y soberanía. El modelo agrosojero y su impacto en nuestras vidas. En D. Melon (ed.), *La patria sojera. El modelo agrosojero en el Conosur*. (pp. 31-48). Ed. El Colectivo.
- Zuberman, F. (2014) "Agricultura industrial y agronegocio". En D. Melón, D. (ed.), *La patria sojera. El modelo agrosojero en el Cono Sur*. (pp. 13-30) Ed. El Colectivo.

Fuente documental

- Tucci, V. (Directora). (2020). Andrés Carrasco: *Ciencia disruptiva*. [Película documental]. Lumen Cine.

Fuente judicial

- "Peralta, Viviana c. Municipalidad de San Jorge y otros s. Amparo" - Sala II de la Cámara en lo Civil y Comercial de la ciudad de Santa Fe del 9 de diciembre de 2009.

Fecha de Recepción: 2 de junio de 2022
Recibido con correcciones: 28 de agosto de 2022
Fecha de Aceptación: 3 de octubre de 2022